

# QUERIDO PAPÁ, dos puntos

Francisco Miguel Cubero Lorón



FIG. VII.

A. Martyr whose limbs are interwoven in the spokes of a wheel, on which he is left exposed for days, till he dies.

B. Martyr bound to a narrow wheel, which is revolved, so that his body is horribly mangled on iron spikes fixed underneath.

# Capítulo 1

## Querido papá, dos puntos

Estábamos todos en la sala, mi madre, mi hermana, mi mujer y yo. Mi padre, junto a otros encausados, esperaban a que el Juez hiciera acto de presencia y diera comienzo a la sesión en la que iban a ser juzgados por crímenes y torturas acaecidos años atrás durante la dictadura. De vez en cuando, él, se giraba hacia nosotros, animándonos mostrando su pulgar hacia arriba..., a los que habíamos acudido allí para apoyarle, convencidos de que esas acusaciones acabarían siendo sobreseídas no sólo porque pudieran haber prescrito los delitos, o falta de fundamento, sino por tratarse de errores de las víctimas confundiendo a los que sí habían cometido esos crímenes hacía ya cuarenta años, con los que nada tenían que ver en aquellos terribles hechos. Qué viejo y encorvado se le veía allí, ahora, entre los demás acusados de parecida edad, como si hubieran caído sobre sus espaldas diez años más en estos pocos meses..., pensé cuando se giró una de las veces viendo sus ojos brillar, como buscando comprensión.

Todo aquello tenía que ser un sinsentido porque, aunque nuestro padre sí fuera militar, lo fue en calidad de médico, un capitán médico que atendía a los enfermos y a los heridos de nuestras fuerzas armadas. Pero también a sus pacientes particulares, porque pasaba consulta en la habitación grande de la casa de dos plantas en la que vivíamos. Normalmente, gente con cierto poder económico que les permitía poder pagarse consultas y tratamientos, fuera de la medicina pública.

Pero como también era, como se suele decir, un hombre de orden preocupado por la deriva que su país, sumido en un periodo de malestar social, paro, huelgas y atentados donde todos esos males servían de alimento a sí mismos..., pues recibió con alivio y esperanza el golpe de estado que devolvería a la senda de la cordura a nuestro país, según nos justificaba.

Y como médico, se lo explicaba a mi madre y a sus hijos como la analogía del paciente con gangrena en una pierna, en la que el médico tenía que elegir entre dos males: amputarla, o que muriera por esa infección descontrolada si no se actuaba con prontitud. O mutilado, o muerto, elegid, nos decía. Yo, con ocho años, no podía comprender que el problema era mucho más complejo que esas dos opciones tan gráficas como incompletas y, como todos los demás que escuchábamos su ejemplo, elegíamos que le cortaran la pierna al enfermo.

Además de que parecía lógico..., es que nos lo decía nuestro padre, el referente en mi vida de niño pequeño, un espejo en el que me miraba, viéndole tan alto e imponente en su traje de capitán, o con su bata blanca atendiendo a las personas que acudían a él para que les devolviera la salud sin dejarles morir. Por él, elegí su camino y también me doctoré en medicina, aunque fuera de la disciplina de las fuerzas armadas. Lo de mandar y obedecer, sin opciones, no iba con mi forma de ser. "Las piezas de una máquina muy compleja, no preguntan: simplemente cumplen la función encomendada", era otra de sus analogías para hacerme comprender la idiosincrasia del ejército.

"¡En pie!", dijo en voz alta y clara el Secretario cuando el Juez, hizo acto de presencia. Nos levantamos todos, se sentó él, y todos nos sentamos imitándole.

A continuación, el Secretario, fue nombrando uno a uno a los acusados, que respondían "presente", al oír su nombre. Al nombrar a mi padre, "José-Ramón Izaguirre Casas", y contestó su "presente", nos dimos cuenta de que aquello iba en serio, y mi madre se echó a llorar abrazada a mi hermana, como si el estar encausado fuera lo mismo que ser culpable, aunque nosotros, que le conocíamos de siempre, que sabíamos de su bondad y rectitud en todos los aspectos de su vida en los que habíamos estado, ese marido y padre, amable y cariñoso como siempre se había comportado..., que no podía ser la persona a la que acusaban todas aquellas otras personas que decían ser víctimas de unos hechos que sólo cabían en la naturaleza psicópata de un sádico asesino. No podía ser. Y el juicio, se inició.

El Fiscal comenzó a interrogar a los integrantes de la parte acusatoria, quienes relataron, con momentos interrumpidos por la emoción, los hechos que habían vivido cada uno de ellos en manos de éste o aquél de los acusados, cómo narraban las torturas en donde entraban palizas con tuberías de plomo, la picana eléctrica usada en los genitales, o sopletes de acetileno cuya afilada llama aplicada en la carne, iba perforándola hasta llegar al hueso.

Unos, lo habían sufrido hasta el desmayo, sesión tras sesión, día tras día. "¿A qué célula del Partido Comunista Revolucionario pertenecías?". "¿Quiénes son tus camaradas?". "¿Dónde guardáis las armas, las bombas, los panfletos?" Y al no encontrar respuesta, porque no sabían nada o no lo querían decir, continuaban aquellas sesiones del horror. Otros, con más suerte, sólo habían llegado a presenciarlo y, ya, se habían rendido diciendo todo lo que sabían, denunciando a amigos, compañeros de partido, o hasta familiares, para que vieran que sí, que estaban dispuestos a colaborar pero que por favor, que no, que lo del soplete, no... suplicaban.

Y la mayoría, o habían muerto durante las torturas, o sus cuerpos destrozados y ya inútiles para sacar los últimos restos de información, fueron arrojados al mar desde algún avión, narcotizados si aún conservaban algo de cordura, desapareciendo para siempre.

"¿Y quién o quienes le torturaron en esa sesión que nos está contando? Señálelos, por favor, si se encuentran entre los acusados", pidió el fiscal.

"Ése, Pedro Matas, "El loco Matas", y ése de más acá, Matías Sastre Sancho, que manejaba el soplete, a las órdenes del "Loco Matas". Aunque algunos contaban que Matías Sastre, en muchas ocasiones lo hacía sin exigir una información concreta, sólo por el placer de hacerlo. Yo, no sé cómo, me salvé y conservo la pierna aunque no me sirva para nada pero, la mayoría morían gritando de dolor, entre las risas... ¡¡de ése hijo de su mala madre que está ahí sentado!!", gritó desesperado y llorando de rabia al recordarlo.

A pesar que de lo que estábamos oyendo, eran cosas parecidas a las ya leídas o vistas por televisión..., escuchado así, en boca de los que las habían padecido..., resultaba aún más terrible porque delante de todos nosotros y de esas víctimas, teníamos a los autores. Y mi padre estaba entre ellos, aunque nadie aún le hubiera nombrado.

No sé porqué, el siguiente testimonio que contenía parecidas declaraciones, se fue apagando en mi cabeza, como si su voz reclamando justicia se alejara de mí, y vinieron a mi memoria los recuerdos de mi infancia en aquél balneario de Mar del Plata, en Punta Mogotes, donde íbamos cada año a pasar un mes los cuatro, mis padres, mi hermana y yo. Quizás yo tendría 6 años y, 8, mi hermana..., de cuando tengo los mejores recuerdos en aquella playa, del sol, de la brisa, de la arena que mi padre amontonaba para hacer castillos, mientras ella y yo, íbamos trayendo agua en cubos con la que llenar el foso defensivo que rodeaba cada castillo.

Los recuerdos cambian según mi edad de entonces y, ahora, me veo caminando por la orilla de la playa, quizás dos años después, con mi hermana, ambos de la mano de mi padre mientras nos iba contando historias que se iba inventando sobre naufragios ocurridos en aquellas aguas, transatlánticos imposibles cargados de turistas que embarrancaban en los bajíos, y a los que los bañistas acudían en masa para socorrerlos con sus flotadores redondos, o tiraban de las amarras de los botes salvavidas que, a remo, iban llegando hasta la playa aquella por la que paseábamos. Otras veces, eran contrabandistas de licores que se abrían paso a tiros entre los bañistas, para descargar su mercancía prohibida y entregarla a otro grupo que la retiraba con celeridad para evitar enfrentamientos con los carabineros. Sólo hasta el final de sus historias, era cuando le preguntábamos si era cierto todo aquello que nos aseguraba haber ocurrido en un lugar tan apacible, él se echaba a reír con su sonrisa

amplia, contagiando a la nuestra cuando nos delataba sus fantasías y nuestra credulidad. Pero al día siguiente, otra vez estábamos esperando el paseo por la orilla, para oír algo nuevo que volveríamos a creernos y desear que fuera verdad.

Aquél padre, no podía ser la misma persona que esperaba sumiso a su acusador que tampoco lo fue el que acababa de hablar recién ahora, contando horrores nuevos que estrujaban el corazón de los presentes. Hasta parecía hacer mella en los que eran señalados por cada víctima, como si se lamentaran de haber hecho todo aquello... por "obediencia debida".

Naturalmente, había un fin principal en esa crueldad, que era el obtener información para acabar con los opositores a los nuevos dueños de la patria, "cortar la gangrena" como nos decía mi padre. Pero luego estaba el otro fin, casi igual de importante, si no más, que era el sembrar el terror entre la población, acogotarla con el miedo al sufrimiento gratuito y aleatorio, y la angustia por desaparecer o que alguien de los tuyos desapareciera, y no saber, día tras día, nunca más, dónde estaba ni cómo estaba. Y para conseguir esto último, ya no hacían falta sospechosos siquiera: cualquier ciudadano valdría, con tal de no tocar a los suyos, que lo eran de los que habían orquestado el golpe de estado, y sus ejecutores. No tocando a estos, los demás..., podía servirles cualquiera. Y les sirvieron.

Desde mi sitio, veía al Juez, al Fiscal, a los abogados defensores, a las víctimas y, de espaldas a mí, a los seis encausados, ancianos en su mayoría, iguales a todos los demás ancianos que se ven por la calle, a veces ausentes en su deambular cargados con la compra diaria, o sentados leyendo el periódico mientras toman un café en una terracita, al sol. Nada les delata de su vida pasada porque sólo están etiquetados con el genérico de ancianos, a los que tratamos con mayor respeto, o les cedemos el asiento en el colectivo.

Veía ahora a ése que se llama Matías Sastre Sancho, con su cabeza baja sin mirar a los que de él hablaban, pelo cano, y una nuca todavía poderosa para su edad. Se frotaba las manos, nervioso. Algunos de los acusados, sí comentan cosas entre ellos. Con Matías, no, como si sus compañeros le aislaran. Tal vez, iba la cosa por categorías dentro de los crueles, y Matías Sastre, sólo había sido un malo necesario para sus fines, el que torturaba por placer, sin tener una meta digna por la que mereciera la pena hacer todo aquello que sin estar bien, ni poder ser comentado con la familia durante la cena..., pues debía de hacerse. La Patria, lo pedía, y les daba un fin que justificara todos aquellos medios. Era..., algo parecido a lo que siente el torero o el público en la plaza, por el sufrimiento del toro: nada. Ni placer, ni remordimiento por su dolor, nada. Sólo..., algo

que es así.

¿Qué pensaría en estos momentos, si es que pensaba algo? ¿Añoraría los viejos tiempos en donde su máximo placer lo hallaba en el mayor daño infringido al desconocido aquél a quien tenía atado a un catre metálico, y quien le pedía clemencia en vano?

Volvía a ver a mi padre, con la mirada al frente, serio. Ya no se giraba como al inicio de la sesión del juicio. Ya no nos miraba.

Mi madre y mi mujer, cada una en uno de mis lados, me cogían las manos con fuerza. Mi madre, lloraba y decía apretando los dientes: "Eso es mentira, eso no lo ha podido hacer Fernando", refiriéndose a un coronel amigo de mi padre que se sentaba también en el banquillo de los acusados, cuando un hombre en silla de ruedas lo acusó de haberle estado dando descargas eléctricas durante interminables sesiones porque tenía que decirles todo lo que supiera, hasta que su cuerpo se rompió porque ya no sabía qué más inventarse de datos, de fechas, de nombres, todo aquello con lo que se diera por satisfecho el coronel de la inteligencia militar, Fernando Bastilla, y le pegara ya, aburrido de tanta mentira inútil, el tiro de gracia. Pero le perdonó el tiro a cambio de la silla de ruedas para toda la vida.

"Este..., compréndanlo Vds., nosotros teníamos una misión: acabar con la subversión que estaba destruyendo el país. Necesitábamos esa información y era urgente. Y la vida del detenido..., podía salvar las otras vidas de otros detenidos que no tenían nada que ver con aquello, pero los primeros momentos de la guerra, son así, se dan muchos palos de ciego y pagan muchos justos por algunos pecadores. Nadie lo quiere..., pero es así.

Y desde arriba nos presionaban, qué pasa con el cabrón ése que tenéis ahí, ése tiene que saber algo, lo delató no sé quién en un interrogatorio en tal cuartel y, si lo dijo, no lo diría por decir, concha de su madre, es tu responsabilidad, coronel, échale huevos y que cante.

¿Y cómo sabemos que el detenido ya no sabe nada más, o sólo es que se lo guarda confiando en que nos vengamos abajo y no sepamos cumplir con nuestra obligación? Era dura nuestra tarea. Así que la tentación a seguir, a apretar las clavijas otro poco más... pues era ineludible. No es que quisiéramos, pero la cosa era así.

Alguna vez sí que te encorajinabas con algún detenido cuando veías que no le daba la gana contarte lo que tú necesitabas saber, que estabas totalmente seguro de que lo sabía, pero quería echarle más huevos que tú, y ahí sí que con la rabia, se nos iba la mano, pero eran las menos de

las veces.

No había nada personal contra..., contra todos estos señores, sólo era una guerra, sin normas, ni límites..., ni cuartel, pero guerra a fin de cuentas, y nos exigían ganarla", acabó de justificarse el coronel Fernando Bastilla.

"¿Qué tienen que decir de tu padre, si fue un buen padre y un buen marido..., ¿eh?", me decía mi madre, y se decía para ella para convencerse de que todo tenía que ser un malentendido, o una acusación maliciosa como venganza por algo.

"Entonces..., coronel Bastilla... ¿dónde estaba el límite de ese "apretar las clavijas", cómo controlaban que el detenido no moría en el interrogatorio y decían, "basta"?", le preguntó el fiscal.

"Pues... normalmente..., te guiabas por tu instinto, por tu experiencia. Pero nunca sabías, llegado el momento en que no le sacabas más información, si era por su terquedad o porque ya no tenía nada que ofrecerte. Si te pasabas..., te quedabas sin él cuando quizás, ya, te lo iba a contar todo. Así que tuvimos que recurrir a la presencia de algún médico durante los interrogatorios", terminó de explicar.

Al escuchar esa frase final, tuve una sensación de faltarme el aire. Me desabroché más el cuello de la camisa pero no noté mejoría ninguna.

"Ahora se va a aclarar todo, hijo, ya lo verás, para que luego digan que los militares se portaban tan mal, si les pusieron a los subversivos hasta un médico y todo", decía mi madre que quería aferrarse a cualquier cosa que le sirviera.

Qué alegría se llevó mi padre cuando en el 73, le dije que había solicitado el ingreso en la Universidad para ser médico, como él. También estuve dudando en hacer una ingeniería para irme después a vivir a los Estados Unidos, en donde desarrollar esa profesión porque, aquí, en nuestro país, apenas existían ese tipo de empresas que me necesitarían.

Pero la imagen de mi padre, pudo más que la América del Norte, y estudié medicina. Después, como especialidad muy retadora para un buen médico, me elegí oncología. Y en ello sigo, haciendo todo lo que puedo por mis pacientes, dándoles una de cal y otra de arena porque la enfermedad ésa, es así de incierta. Progresamos..., pero se nos siguen yendo demasiados enfermos. Pero los que se nos van..., al menos, no sufren tanto como antes.

Él ya sabía que lo de la disciplina militar, no era lo mío, así que no se molestó en insistir con lo de unir las dos carreras, cómo hizo él. Y tenía mucha fe en mí, en mis posibilidades, en mi entrega al estudio y mi

sentido de la responsabilidad. Aquél día, para celebrarlo, me llevó por varias cantinas que él había recorrido con sus amigos en el día en que todos ellos también habían optado por la medicina, visitando todo el casco antiguo de la ciudad por sus peores antros. Naturalmente, en aquél mano a mano entre él y yo, aquellas cantinas las fue encontrando muy cambiadas o, simplemente, no las encontró porque ya no existían.

No sé si por las cervezas, pero estuvo muy hablador, dándome consejos sobre qué estudiar, en qué especializarme, qué universidad era la mejor, hacer un máster en el extranjero y hasta me veía con mi propia clínica privada cuando, yo, todavía no había visto un cadáver abierto en canal, ni en láminas.

La verdad es que con él, con esa relación de amor y admiración que sentía por mi padre, nunca supe cuándo a su lado dejé de ser niño y me convertí en joven y, más tarde, en hombre, porque él se iba adaptando a todos mis cambios de un modo natural y sin que yo me diera cuenta que había sido mi consejero y mi amigo en todos esos tránsitos. Para mí, fue siempre, eso, algo normal.

"Explíquenos qué función tenía el médico en su... "trabajo", si estaba para que él fuera reparando lo que Vds. destruían, o..., ¿qué? En todo caso, díganos qué médico, si está presente entre los acusados, colaboró con Vd.", terminó el Fiscal.

"Pues..., el capitán de las fuerzas armadas, Dr. Izaguirre", contestó sin mirar a su compañero.

"Presente, Sr. Fiscal", dijo mi padre, poniéndose en pie.

"Siéntese el aludido, que aún no es su turno". Y dirigiéndose de nuevo al coronel Bastilla, le ordenó:

"Por favor, conteste a mi pregunta sobre qué función tenía el médico en los interrogatorios".

"Este... bueno, él... no, no estaba para enmendar nada porque en aquellos momentos..., cómo explicárselo, las consecuencias para el interrogado... no era lo relevante, no sé si me entiende. Su... "salud", no nos preocupaba, estábamos en una guerra, ya se lo digo, y así lo entendíamos y así nos exigían que lo entendiéramos. Sólo la información que nos pudiera proporcionar, era lo que tenía valor. Lo demás..., era accesorio. Fue una guerra en que casi no se hacían prisioneros más que el tiempo necesario para obtener de ellos lo que necesitábamos. Quizás no se comprenda ahora pero, entonces..., era así", dijo el coronel.

"No me ha contestado a lo de cuál era la misión del médico, el Dr. Izaguirre, en este caso", volvió a insistir el Fiscal. El coronel, dudó, se

volvió hacia su amigo, nos miró a todos nosotros que lo conocíamos desde niños..., y contestó a la pregunta.

"Su misión era que el interrogado, no muriera. Tenía un pequeño monitor conectado a su cuerpo y con las señales recogidas en él, producidas por el nivel de dolor según el método que empleábamos en cada momento, el Dr. Izaguirre iba controlando que la aguja indicadora no alcanzara la zona roja, y nos decía si aún podíamos apretar más o no, para llevarlo hasta su límite de sufrimiento sin que se colapsara su corazón y nos quedáramos sin lo que buscábamos. Y si se desmayaba, rápidamente le inyectaba un líquido con el que se recuperaba a los pocos segundos. Y vuelta a empezar con nuestro tratamiento. El tiempo del que disponíamos, ya le digo, era muy importante en aquellos momentos". Al terminar de decir todo eso, se volvió otra vez hacia su amigo y le miró como diciendo: "lo siento".

"¿Qué siente en estos momentos, al recordar estos hechos?", le preguntó el Fiscal, casi por curiosidad.

"Han pasado ya muchos años en los que he tenido tiempo de sopesar lo que hicimos y para qué lo hicimos. Ya casi, siento lo mismo que un historiador que se limita a relatar un pasaje de la Historia. Poco siento, Sr. Fiscal, si le tengo que ser sincero. Aunque no desearía que volviera a pasar", terminó en un tono como si todo aquello no hubiera ido con él. Las víctimas sentadas en frente suyo, eran sólo..., los que habían perdido la partida de ajedrez. Nada más.

"Y si volviera a pasar..., ¿haría Vd. lo mismo..., coronel Bastilla?", le preguntó para acabar ya con el interrogatorio. Éste, quedó callado unos instantes que se hicieron largos, y sólo dijo:

"Pues..., no lo sé. Preferiría no tener que volver a hacerlo, no lo sé. Ya estoy viejo para esas cosas. Aunque me tocó hacerlas, y las hice..., nunca pensé contárselas a mis nietos".

Ahora, mi padre se volvió hacia nosotros, sin apenas girarse, con miedo a que nuestras miradas fueran acusadoras, o de asombro por lo que acabábamos de oír, y que debía de ser verdad aunque no cuadrara con nuestra imagen de él.

Es verdad que desde que se impuso la dictadura, y llegó la democracia con sus ansias de, al menos, más libertad..., él nunca nos habló del papel que jugó para que la dictadura triunfara y se mantuviera, quizás porque los médicos eran ajenos a esas cosas. Y los rumores de torturados, desaparecidos, encarcelados sin juicios, que expandían el miedo a criticar, a protestar, a cuestionar..., nunca entraron en nuestra casa de dos plantas en la que vivíamos de forma confortable, sin que nos faltara de nada, en un barrio residencial de la ciudad donde nunca veíamos a

personas pasando hambre, ni revoltosos pidiendo más porque, esos, los revoltosos, nunca tienen bastante, se decía. Ni había atentados, ni huelgas del ferrocarril que llegaran a nuestros oídos porque nosotros no tomábamos trenes, teníamos nuestros propios autos, un Ford y un Toyota, muy bonitos, últimos modelos, nada extraño siendo que nuestro padre ideal tenía dos trabajos bien pagados. Y con ellos, recorrimos muchas veces el país en calma, de una punta a la otra. Éramos una familia feliz en una nación que prohibió, por ley, las malas noticias.

También teníamos dos asistentas que lo hacían todo en casa, muy discretas y diligentes, que miraban con gran respeto a mi padre cuando llegaba a casa. Y él, afable, como siempre, sin llamarles nunca la atención por nada, con ese tono inalterable del que está acostumbrado a mandar, y a que se le obedezca. Aunque también obedecía, según lo que había contado su amigo Fernando.

Amalia y Fernanda, eran bolivianas, y se desplazaban por la casa sin hacer ruido, como flotando sobre la tarima que cubría el suelo. Las primeras en levantarse y la últimas en acostarse. Los domingos tenían libre y, como eran primas, aprovechaban para ir a ver a su familia o al cine, no volviendo hasta la noche temprano para llegar a darnos la cena.

Mi madre, invariablemente, cuando oía que ellas abrían la puerta, de repente le entraba un dolor de cabeza y de riñones, diciéndoles con una mano puesta en cada foco del dolor ése siempre insoportable, y con voz desmayada:

"Menos mal que ya habéis llegado, porque he llevado un domingo, de locos. Estoy con un dolor de cabeza..., y estos riñones que no me tienen, si es que no valgo ya para estar sola frente a tanto trabajo. No hago caso, pero ya me lo dice D. José-Ramón (mi padre, cuando ante ellas se refería a él): que mi mejor medicina es, el descanso", y las pobres Amalia y Fernanda, se sentían culpables de que por su manía de santificar el domingo guardando fiesta, su señora estuviera cada vez peor. Para compensar, al domingo siguiente volvían un poquito antes, con la esperanza vana de que mi madre no les montara, de nuevo, la misma función de teatro.

Eran buenos tiempos, sí. Mi madre, tan enamoradísima y orgullosa de su marido que no tenía más ojos que para él, pues hacer muy complacida su santa voluntad era, para ella, de lo más natural. Él le correspondía siendo muy cortés, como un galán de cine de los 40, detallista siempre y con esa forma de mandar que tenía que, a mi madre, le parecían los más sensatos consejos.

¿Tendría alguna amante? Muchas veces lo he pensado, porque era muy apuesto y tenía mucha aceptación entre las esposas de los amigos del grupo, tan elegante como irónico y con ese punto de picardía en la mirada

que tanto gusta a las mujeres. Él, se dejaba querer en medio del grupo de cinco o seis mujeres que le rodeaban en las celebraciones, o las fiestas en el cuartel-hospital donde prestaba sus servicios, riéndole las gracias.

Seguro que oportunidades..., sí que tuvo que tener. Pero mi madre, nunca le montó ninguna escena de celos por ello, convencida de la integridad moral de su marido y, a la vez, orgullosa de su éxito social con aquéllas mujeres con las que se relacionaba. Incluso pienso que nunca vio ningún riesgo de que le pudiera serle infiel con ninguna. Yo... con el tiempo, ya nunca estuve seguro.

Es mi madre y me hubiera dolido pero, si mi padre tuvo algún lío alguna vez..., sería con discreción total porque estas cosas, en los ambientes en que se movían, eran toleradas, comprendidas y hasta admiradas..., si se realizaban bajo tierra, sin alardes: lo cortés, y lo valiente..., tenían que ir de la mano.

Unos días maravillosos para mí fueron los que pasamos en Paris toda la familia cuando yo tenía unos 17 años y, ya, mi padre me había insuflado toda su admiración por Europa, "la cuna de nuestra civilización", me repetía. Y dentro de ese continente, Italia y Francia.

Fue durante un simposio médico al que fue invitado por una farmacéutica de renombre con todos los gastos pagados para él y mi madre, en el que por un poco más de dinero que puso mi padre, incluyeron a sus hijos.

El simposio iba sobre los nuevos tratamientos para atender a las víctimas de guerras, atentados y catástrofes, con arreglo a las nuevas armas cada vez más mortíferas, atentados más indiscriminados y dañinos, y las catástrofes naturales en los medios urbanos tan superpoblados. Después de asistir a los cinco días de charlas, diapositivas y filmaciones, tuvo tiempo para enseñarnos Paris ayudado por un librito-guía que llevaba, y extasiarnos en el museo del Louvre, en donde fuimos tres tardes mi padre y yo, porque las chicas decidieron recorrer las calles donde estaban los escaparates más llamativos. Y la Torre Eiffel, y el Arco del Triunfo..., y muchas otras cosas que ver, que recordaríamos tantas veces, a la vuelta.

Con su cultura extensa y su amor por la pintura, principalmente, hizo de cicerone para mí en esas tres tardes recorriendo las salas del Louvre, como en un viaje por el tiempo de la Historia del Arte, emocionándose cuando me hacía ver detalles que me hubieran pasado desapercibidos ante cuadros en los que yo sólo veía un hermoso conjunto. Sobre todo, ante las grandiosas pinturas, rebosantes de la épica neoclásica de David y los valores humanos "que había que volver a recuperar", que me decía. Qué poco podía imaginar, yo, que a la vez que pretendía inculcarme aquellos trasnochados valores de opereta, que también entre sus

habilidades entraba lo de alargar agonías con el máximo sufrimiento posible.

El Juez, le pidió al Fiscal: "Puede comenzar a interrogar al acusado, el... capitán Izaguirre Casas. Póngase, el citado, en pie".

Mi padre, se incorporó y se giró hacia nosotros, mirándonos como solicitando que confiáramos en él. Sobre todo, a mi madre, que estaba hundida temiendo que se le desmoronara quien había sido la columna donde descansaba segura y confiada su vida, desde que se habían conocido.

"Capitán Dr. Izaguirre..., ¿admite como buenas, las palabras que ha pronunciado sobre su labor en los interrogatorios el acusado anterior, el Coronel Bastilla?", preguntó el Fiscal.

"Bueno, en general, podríamos decir...", comenzó divagando mi padre, pero le cortó el Fiscal.

"Por favor, límitese a contestar sí o no, y porqué".

"Pues entonces... sí, así solía ser: ésa era mi labor allí", dijo mi padre bajando la cabeza.

Ahora, el Fiscal, sacó un hoja y leyó en ella:

"Estableceré el régimen de los enfermos de la manera que les sea más provechosa según mis facultades y a mi entender, evitando todo mal y toda injusticia. No accederé a pretensiones que busquen la administración de venenos, ni sugeriré a nadie cosa semejante...

En cualquier casa donde entre, no llevaré otro objetivo que el bien de los enfermos; me libraré de cometer voluntariamente faltas injuriosas o acciones corruptoras ..., etc., etc. ¿Recuerda estas palabras, capitán...?"

"Sí, son del Juramento Hipocrático que acepté, como todos los médicos, cuando me gradué. Siempre he procurado adaptar mis actuaciones como médico, al espíritu de ese juramento", contestó mi padre.

"¿Siempre...?", preguntó el Fiscal, con ironía.

"Siempre..., que he podido. Evidentemente, en la época más dura de la represión que entendíamos como necesaria..., no. Y en esa etapa, Hipócrates..., ni era mi inmediato superior, ni estaba por encima de éste. Tampoco él me hubiera expulsado del ejército, o me hubiera arrestado, si me hubiera negado a lo que se me ordenaba.

En la medicina, los médicos, también tenemos que aplicar tratamientos que no queremos hacer, pero los hacemos Sr. Fiscal", se excusó mi padre.

"Efectivamente: los aplican..., pero en beneficio siempre del paciente. O porque es lo mejor, o porque es lo menos malo para él. Pero durante aquellos interrogatorios..., Vd. ponía todos sus conocimientos en alargar al máximo su sufrimiento. ¿Dónde se quedó su juramento hipocrático, eh..., dónde el beneficio para aquél paciente al que Vd. no torturaba, pero sí fue cómplice imprescindible de cualquiera de estos torturadores que tiene a su lado?". El Fiscal, fue elevando la voz a medida que iba diciendo esta larga pregunta.

"Tal vez..., bueno, no, seguro, no teníamos razón para hacer todo aquello que hicimos pero, entonces, yo no veía a los interrogados aquéllos o a estos señores que sobrevivieron al horror y que están ahora ahí sentados ejerciendo la acusación..., como pacientes míos. El paciente mío era, nuestro país y, a él trataba de salvar cumpliendo aquellas órdenes. Estos señores eran, la enfermedad a erradicar. No fue fácil para mí, llegar a semejante simplificación de lo que pasó entonces, lleno de dudas y sentimientos de culpa durante todo ese periodo. Claro que..., comparado con la picana en los testículos, o la llama del soplete comiéndoles la carne..., me da vergüenza hablar del "calvario" de mis remordimientos por el que pasé. No puedo decir nada más", concluyó mi padre.

"Tu padre es un buen hombre. Él, seguro que no quería hacer esas cosas, seguro que no, tú le conoces bien, hijo, ¿verdad que no las quiso hacer?", me preguntó mi madre atrapada entre los sentimientos y los hechos.

Le apreté la mano, y le dije: "No, seguro que no, pero las hizo. Por eso está ahí sentado, por lo que hizo. Y, no..., por lo que no deseaba hacer".

Mi padre, al acabar de contestar a las preguntas del Fiscal, se sentó y se volvió a mirarme. No tuve valor de aguantarle su mirada, para no devolvérsela con el desprecio que sentía por él en aquellos momentos, después de haber oído todo lo que habían contado de su labor y haber visto las caras de sus víctimas que parecían ya no sentir nada por todo aquello, como si el tiempo transcurrido hubiera hecho caducar todo el odio que habrían almacenado y sólo buscaran "justicia", sin un ápice de venganza que nada les iba a devolver. Diez hombres y tres mujeres que habían padecido horribles sufrimientos, y seis acusados que, en diferente grado, se los habían infringido. Todos callados, todos..., quizás, preguntándose si mereció la pena lo que las víctimas fueron capaces de soportar para llevar a cabo un ideal de sociedad que nunca había funcionado bien en ningún país, al que se habrían apuntado muchos a él cargados de buenas intenciones. Quizás, también se preguntaban qué hubiera pasado de haber triunfado. ¿Habrían pasado de luchadores a

represores porque la causa lo hubiera exigido? ¿Sirvió para algo lo que ellos llamaron "lucha armada", que sembró de muertos las calles de la nación hasta que el golpe de estado los cambió desproporcionadamente por los suyos? Todos los sueños fueron desapareciendo poco a poco con la edad, pero el precio pagado por ellos seguía en sus cuerpos y en sus mentes.

¿Y los acusados..., dudaban también? ¿Había merecido la pena convertirse en unas máquinas sin sentimientos para enderezar a la sociedad y llevarla por un único camino recto, casi castrense, imaginado e imaginario? Nada de lo que pretendían se mantuvo cuando relajaron la crueldad, cuando los países ya no podían seguir mirando para otro lado por tanta muerte indigna y les urgían a que, ahora que el país enfermo se estaba recuperando, que no se podía seguir con la misma terapia. Las cosas que unos y otros creían que sería la sociedad perfecta, fueron desapareciendo devoradas por la realidad de la vida y las aguas volvieron a su cauce, imperfecto, sí, pero más humano que aplicar remedios peores que la enfermedad misma.

¿Quién era mi padre? me preguntaba ahora que me habían enseñado una faceta de su vida que era mi contradicción más grande sobre él, como si su "obra" en todo ese tiempo, casi un año hasta que fue relevado, tapara toda una vida sí dedicada a salvar vidas y curar enfermos con plena dedicación, y a darnos todo su afecto a los que formábamos su familia. ¿Cómo combinar la frustración que sentía en aquellos momentos, cuando lo veía sentado de espaldas a nosotros, a los que acudimos allí para darle todo nuestro apoyo convencidos de que la acusación por la que iba a ser juzgado era un error o una falacia, avejentado entre esos otros viejos que esperaban comprensión y clemencia, cuando ellos no la tuvieron con sus víctimas en aras de una misión superior e inmoral?

El Juez, que se había metido a deliberar en una habitación adjunta sobre lo escuchado durante el juicio, regresó a la sala. Todos, nos pusimos en pie. Él se sentó, y también lo mismo hicimos los presentes allí.

"Vistos los hechos, y oídas las alegaciones del Fiscal y las Defensas, así como las declaraciones de víctimas, testigos y acusados, vamos a proceder a la lectura de las sentencias. Pónganse en pie los acusados", dijo el Juez.

Y comenzó a leer:

"Por el delito de torturas, trato inhumano y crueldad hasta la muerte...", y aquí fue añadiendo hasta cuatro nombres, entre los que no figuraba mi padre, sobre los que recayeron el total de años que sumaban cada delito comprobado de esas características. Naturalmente, pasarían mucho tiempo en la cárcel y, si no morían antes de la edad límite para estar

encarcelados, saldrían a la calle redimidos de sus crímenes..., según la ley.

"Por el delito de colaboración necesaria para llevar al máximo el sufrimiento en tiempo y cantidad en muchos de los delitos por los que el grupo anterior han sido condenados..., se castiga con prisión de 10 años, al comandante D. Martín-Federico Castaglia Fierro, doctor en medicina.

Y al capitán D. José-Ramón Izaguirre Casas, doctor en medicina, se le condena a 8 años de reclusión en su propio domicilio, beneficiándose de esta mejora, por toda su trayectoria profesional a lo largo de su vida, realizada tras los hechos y tiempo, juzgados. El quebrantamiento no autorizado de su reclusión domiciliaria, será castigado con el cumplimiento de la condena pendiente, en una prisión militar que excepcionalmente, hoy, se le evita".

Nuestras caras de alivio por lo que era una equilibrada pena entre los muchos años dedicados por mi padre a hacer el bien a sus enfermos, frente el tiempo dedicado a colaborar con el mal, contrastaban con los gestos de las víctimas frente a ellos sentados y las caras de sus familiares, que sentían como una gran injusticia los pocos años reales que todos iban a cumplir, además del "agravio" por la cómoda pena impuesta a mi padre que ni era un castigo, ni era nada.

Mi madre, enterró las lágrimas de su cara entre sus manos y mi hermana y yo, la abrazamos con la turbia alegría de que nuestro padre, doctor en medicina, volvía a su agradable hogar convertido por la sentencia, en una cárcel de lujo.

Tras los trámites necesarios, las felicitaciones a sus abogados, la aceptación sin más recursos de la condena y, ya, despojado de las esposas, firmó la sentencia y recibió copia donde quedaban reflejadas todas las condiciones y limitaciones que suponía la reclusión en su domicilio.

Ahora, sí, "libre", se llegó hasta nosotros y, llorando, se nos abrazó uno a uno. Yo, sentí su inseguridad ante mí cuando me apretó sin apenas fuerzas, sabiendo que nada a partir de ese momento sería igual que antes, entre él y yo.

Seguro que para él, seguiría siendo el mismo hijo en el que había puesto tantas de sus complacencias, tal y como había sido hasta ahora. Yo continuaría sintiendo su amor..., pero como desde más lejos, un amor miedoso a los reproches que no pensaba hacerle porque su pasado, pesándome tanto, ya no podía cambiarse. Pero sería un muro que nos separaría al uno del otro, cada vez más.

De día, cuando hacía las visitas a mis padres, a mi madre sobre todo, que se iban espaciando cada vez más, no ocurría nada especial y ya sólo hablábamos de cosas banales, allí sentado él en su sillón-cárcel frente al televisor como único contacto, junto con las ventanas de la casa-cárcel, con mundo exterior, sin casi ni atreverme a mirarle a los ojos con esa mirada con la que me suplicaba que le perdonara. Mi madre y mi hermana, ya le habían perdonado y sólo intentaban dulcificarle aquella prisión en la que el mundo sí podía entrar, aunque a él le estuviera vedado salir a contemplarlo.

Pero yo no pude. Desde el juicio aquél donde quedó expuesto el tiempo de colaborador necesario durante la cara más cruel de la dictadura, cada noche soñaba con él, con el médico que rompió su Juramento Hipocrático, paradójicamente, no dejando que murieran aquellos sus tan especiales pacientes a los que veía en mis sueños retorcerse de un dolor llevado hasta lo máximo en lo soportable, y a los que mi padre negaba incluso un descanso tras la pérdida de la consciencia, ordenando a sus compinches de torturas, "más..., más..., que éste, aguanta", o... "¡baja..., baja la intensidad que, este cabrón se nos muere!!".

Un sueño reincidente, puntual, extenso y detallado que, tras despertarme de cada una de sus pesadillas, sabía que el médico ése fue real, que existía, que era mi padre admirado, y que me tocaría ir a verle otra vez sólo porque no podía castigar también a mi madre, con mi ausencia.

En muchas de las visitas que les hice, me topaba formadas en silencio frente al portal de su casa, a muchas de aquellas víctimas de los horrores reales que yo únicamente los soñaba, a quienes mi padre contemplaba muchas veces desde su ventana hasta que un día dejó de hacerlo, pero sabiendo que todos aquellos viejos allí seguían, día tras día, para que no olvidara quienes eran, ni quienes fueron. Y era muy doloroso para mí, decirles "perdón...", cuando me veía obligado a pasar por entre ellos con mi vista al frente sin atreverme a mirarlos hasta llegar al portal, como si aquél grupo de personas no existiera ni supiera porqué estaban allí.

Con el tiempo, también el número de ellos fue disminuyendo, quizás cansados ya de una protesta sin resultados porque la sociedad había decidido pasar o arrancar página, quizás impedidos para estar allí a la intemperie, hiciera frío o calor o, quizás..., por las bajas definitivas de la vida.

Odié a la dictadura porque a algunos, o a demasiados, sin ellos haberlo imaginado siquiera, iba a incentivarles para sacar lo peor de sí mismos, como al capitán D. José-Ramón Izaguirre Casas, doctor en medicina. Y también acabé odiando a la democracia porque, con su justicia, me hicieron mirar de frente a una realidad que no debería de haber existido, y que hubiera preferido no conocer para que el espejo incompleto de esa

realidad, no se me hubiera roto hecho añicos.

Y ahora, pasados unos pocos años desde el juicio aquél, estábamos allí la familia al completo frente a él, de riguroso luto todos, mi madre en pie apenas sujeta por mi hermana, que lo miraba dentro de su ataúd de roble, cubierto con la bandera de la nación y, sobre ella, su sable de gala, abierta la tapa únicamente para que nos mostrara su rostro que, como decía mi madre entre sollozos...: "Mírale, si parece que esté dormido", resistiéndose a admitir que la vida de su admirado esposo hubiera llegado a término.

El funeral religioso ya había acabado y mi hermana, me hizo un gesto con su cabeza y, yo, me adelanté hasta ponerme a los pies de mi padre y saqué una nota del bolsillo para leerla a modo de despedida. Y dije así, antes de echarle mi última mirada:

**"Querido papá:**

*Uno muere, pero deja su estela como el avión que pasó por el cielo hace ya un rato. Y tu estela se ve blanca, recortada con algún girón deshilachado contra el cielo azul.*

*Nacemos persona y poco a poco, por méritos o por suerte, vamos consiguiendo diplomas o títulos que nos enriquecen. Tú, después de persona, te hiciste médico, militar, esposo y padre. Y en cada una de estas especialidades, sacaste matrícula de honor, que te concedieron las Universidades, las Escuelas Militares, o los que te conocimos recibiendo de ti, todo tu amor, tu sabiduría y tu sentido de la responsabilidad.*

*La muerte, suele embellecernos eliminando las espinas que tuvimos en vida y deja un tallo y unas ramas listas para acariciar con los recuerdos buenos. En tu balanza, éstos últimos pesaron mucho porque te encargaste de llenar y cuidar esa parte en tu platillo más grande.*

*Pero no estamos solos en esta sociedad en la que vivimos, y nos nacen monstruos que, enfrentados cargados de razones y sinrazones, nos exigen tomemos partido por alguno de ellos. A veces, somos libres, totalmente libres para elegir sin tener que sopesar sus consecuencias pero, en otras ocasiones, estamos condicionados por el palo o la zanahoria que podremos recibir según lo que elijamos.*

*El monstruo que tú elegiste o te eligió, ya no está aunque, como el Ave Fénix, siempre dispuesto a resucitar de sus cenizas cuando los que tienen fuerza para ello, le invocan. Esa parte de tu vida, me separó de ti cuando el partido que jugabas estaba ya cerca de su final. Pero a pesar de todo, y por la Razón que nos enseñaste como modelo de vida, te quise. Ya no*

*quería quererte..., pero te quise. Pudo más mi amor de hijo.*

*Ahora que todo para ti ya ha pasado, que estás igual que todos los que te precedieron en esto de fugarse de la vida, fueran dichosos o desgraciados en ella..., decirte que pervives gracias a nuestros recuerdos y los recuerdos de los que te conocieron, generalmente, para bien. Me quedo para siempre, con estos últimos. Por todo lo bueno..., gracias, papá".*

Y dejando dentro de la caja, sobre su pecho, el texto de esta contradictoria despedida, los de la funeraria cerraron la tapa, plegaron la bandera con respetuoso ceremonial, se la entregaron a mi madre junto con el sable de gala y, a un gesto de ellos, varios de sus deudos más allegados alzamos el féretro sobre nuestros hombros, y lo llevamos hasta el coche fúnebre. Afuera, junto al coche, aún pude ver, sumidos como siempre en el silencio, al resto de aquél grupo de ancianos que hacía guardia frente a la puerta de su vivienda, viendo cómo pasaba ahora el cadáver de otro de sus enemigos.

**F I N**

